otorgará reconocimiento a las escuelas universitarias que hayan sido fundadas o estén dirigidas por corporaciones religiosas o por ministros de cultos.

Artículo 4º Las escuelas reconocidas podrán impartir todos los conocimientos que deseen, siempre que éstos reúnan las características señaladas en el artículo segundo.

Artículo 5º Las escuelas reconocidas elaborarán libremente sus planes, programas y métodos; pero tratándose del bachillerato o de los ciclos profesionales iguales a los de la Universidad Nacional Autónoma, fijarán las mismas condiciones establecidas por la Universidad, en los puntos siguientes:

I. Estudios previos señalados como requisitos de ingreso.

II. Mínimum de materias profesionales.

III. Duración de los cursos y números de horas de clase para el desarrollo de cada asignatura.

Artículo 5º Cuando las escuelas reconocidas organicen ciclos de estudios distintos de los establecidos en la Universidad de México, la Secretaría de Educación Pública fijará el número de materias indispensables para obtener el grado o título que trate de otorgarse y el tiempo mínimo en que deban ser desarrollados los programas.

Artículo 7º Las escuelas reconocidas tendrán completa libertad respecto a todas las cuestiones administrativas concernientes al plantel, sin más limitaciones que las establecidas por la ley.

Artículo 8º El reconocimiento otorgado a una escuela universitaria confiere a ésta personalidad jurídica para todos los efectos legales.

Artículo 9º El reconocimiento será otorgado mediante acuerdo expreso del Presidente de la República.

Artículo 10. Cuando se trate de enseñanzas de bachillerato o de ciclos profesionales iguales a los de la Universidad Nacional de México Autónoma, la Secretaría de Educación Pública, antes de proponer al Ejecutivo el reconoci-

miento de una escuela, deberá oír la opinión de la Universidad.

Artículo 11. Las escuelas reconocidas expedirán los títulos y diplomas, recabando previamente de la Secretaría de Educación Pública la visa del documento. Con este requisito, los diplomas o títulos tendrán plena validez oficial.

Artículo 12. La Secretaría de Educación Pública inspeccionará las escuelas reconocidas para determinar si cumplen con este reglamento. Además, intervendrá por medio de sus representantes, siempre que lo estime oportuno en las pruebas de aprovechamiento y autorizará los libros de inscripciones y de registro de títulos y las actas de exámenes.

Artículo 13. Se declarará insubsistente el reconocimiento, por medio de acuerdo expreso del Presidente de la República, al comprobarse por la Secretaría de Educación Pública que la escuela reconocida no cumple con alguna de las disposiciones de este reglamento.

Artículo 14. Se deroga el decreto de 22 de octubre de 1929.

ARTICULOS TRANSITORIOS

Artículo 1º Las Escuelas Universitarias reconocidas dentro de la vigencia del Decreto de 22 de octubre de 1929, disfrutarán de un término de seis meses, a contar de la fecha de la publicación del presente, para llenar los requisitos exigidos en este reglamento y continuar disfrutando del reconocimiento.

Artículo 2º La Secretaría de Educación Pública revalidará los títulos expedidos hasta la fecha de la publicación del presente reglamento por las escuelas libres reconocidas de acuerdo con el de 22 de octubre de 1929, siempre que los interesados formulen su solicitud dentro de un plazo de dos meses, contados a partir de la publicación de este reglamento.

Artículo 3º Los títulos que expidan las escuelas universitarias a que se

refiere el artículo anterior, después de la fecha de la publicación de este reglamento, deberán prestarse para su revalidación dentro de un plazo de dos meses, contados desde la expedición del título.

Dado en el Palacio del Poder Ejecutivo de la Unión, a los ocho días del mes de marzo de mil novecientos treinta y dos. El Presidente de la República, *P. Ortiz Rubio* (Rúbrica).—El Secretario de Educación Pública, *Narciso Bassols* (Rúbrica).

“JOHN SIMON GUGGENHEIM” MEMORIAL FOUNDATION

En el mes de marzo llegó a esta capital el presidente del comité consultivo de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation, doctor Frank Aydelotte, quien a su vez actúa como Rector del Swarthmore College, en Pennsylvania, E. U. Las declaraciones que hizo son en extremo halagadoras para los hombres de estudio que en nuestro país confían ganar una de las becas que la benemérita Fundación ha instituído para beneficio de aquellos que desean perfeccionarse y que son seleccionados en vista de sus antecedentes intelectuales y de la importancia de la especialidad a que quieren dedicarse. Uno de los motivos de la visita del doctor Aydelotte fue conocer más a fondo aquellos aspectos que se relacionen íntimamente con el trabajo de honda trascendencia intelectual que ha emprendido. También manifestó que ha seguido con mucho interés la evolución contemporánea de la Universidad Nacional Autónoma de México y que con satisfacción ha visto el progreso que nuestra Universidad ha obtenido.

“México es un país sorprendente en todos sentidos. Me satisface decir que aquí hay posibilidades para nuestro trabajo y un excelente material humano en el cual justamente lo difícil es escoger a quienes debemos ayudar en su afán de perfeccionamiento.”

A PROPOSITO DE LOS DESCUBRIMIENTOS DE MONTE ALBAN

La iniciativa presentada por un grupo de alumnos de la Universidad con motivo de la controversia que se ha desatado en torno de los admirables descubrimientos de Monte Albán, parece, dadas las proporciones que desgraciadamente ha venido a asumir dicha controversia, la única manera de poner punto final a asunto tan bochornoso. Debe, sin embargo, lamentarse que se haya tenido que apelar a recurso como este, que, entre otras desventajas, presenta el gravísimo inconveniente de que habrá de seguir dando pábulo a ese anhelo de publicidad que, según la opinión unánime de las personas mejor capacitadas para opinar en el negocio, ha sido el objetivo que de toda preferencia ha venido persiguiendo el más conocido entre los adversarios del profesor Caso. Además, en un medio acostumbrado a oír hablar, no sin fundamento, de determinadas supercherías arqueológicas llevadas a cabo en otras épocas, es de temerse que los hallazgos de Monte Albán queden también por muchos años en la conciencia del pueblo como algo cuya autenticidad se prestó a dudas y a discusiones y que, por lo tanto, sólo puede aceptarse con cautela.

En esta ocasión no se necesita ser arqueólogo (como no lo es el que esto escribe), sino sólo poseedor de la más elemental cultura y del más elemental sentido común para poder relegar al sitio que les corresponde a los diversos argumentos que se han venido esgrimiendo contra el explorador de las ruinas oaxaqueñas. Por ejemplo: como prueba categórica acerca de la absoluta impericia que tan a la ligera se atribuye al último, uno de los deturpadores ha manifestado pública y solemnemente (“El Universal”, 8 de marzo) que el profesor Caso “lavó las piezas de oro”. Por otra parte, se nos asegura, en el mismo periódico, que “no hay piezas de oro que al estar en contacto con cadáveres no hayan sido manchadas por la acción de los ácidos y gases de la descomposición cadavérica sin que